

BICENTENARIO
CHILE 2010

Historiadores CHILENOS FRENTE AL BICENTENARIO

Luis Carlos Parentini

COMPILADOR



ucsh



Universidad
de los Terrales

INSTITUTO VENEZOLANO
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



COMISIÓN NACIONAL
DE HISTORIA
ANDRÉS BELL

CARÁCTER DE UNA INDEPENDENCIA: ¿MITO; SÍMBOLO, REALIDAD O AMBOS?

PATRICK PUIGMAL
Universidad de Los Lagos

387

Es común, aun a doscientos años de distancia de los hechos, considerar de los símbolos, el distanciamiento con el entorno en el cual se desencadenaron, la mirada exterior (no la del testigo ni del actor), el análisis permitido por la inserción en una cultura diferente, descontextualizada y la posibilidad de entregar visiones distintas sin poner en riesgo el buen desarrollo de estos procesos.

Es preocupante, y esto no deja de ser extraño, darse cuenta de la pobreza de la producción cognitiva en materia de independencia durante estos diez últimos años. Es como si la historia social, en particular, pero no exclusivamente, con su base en la escuela francesa de los Anales había borrado o, más bien, puesto una capa de plomo sobre el estudio de la formación del Estado moderno en Chile a través de su lucha por la independencia.

Nuestras investigaciones en el marco de proyectos aprobados tanto por la Universidad de Los Lagos como por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica a través del proyecto del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico "Influencia militar francesa durante la independencia de Chile, Argentina y Perú (1810-1830)", 2005-2006, nos han facultado para abrir este espacio, permitiendo volver a apoderarse de dos campos extremadamente cercanos al período evocado: la creación del Chile moderno y el componente militar como actor indispensable y primordial de dicha creación.

Entendemos que la historia reciente de Chile (calificamos así el período entre los años setenta y ahora) contextualizó de manera un tanto par-

ricular el trabajo de los estudiosos contemporáneos, dejando, en general, estos dos campos en manos, por una parte, de historiadores de corriente conservadora y nacionalista, y, por otra, de historiadores militares. No queremos, a través de estas líneas, menospreciar el trabajo de éstos; han, indudablemente, permitido la creación o el mantenimiento de una visión histórica tan válida como muchas otras. Pero, y que sea esto voluntario o no (no es acá el lugar adecuado para este debate), no hubo, justamente, mucho espacio para desarrollar otras visiones. A nuestros ojos, muchos historiadores, en razón de esta contextualización, se concentraron en los estudios coloniales o económicos, y, otros, se apoderaron de la historia social como una forma de resistencia u oposición.

Sergio Vergara, Patricio Quiroga, Cristián Guerrero Lira, Felipe del Solar o Gabriel Salazar (este último a través en particular de su más reciente publicación *Construcción de Estado en Chile, 1800-1837*), entre otros historiadores, han trazado o trazan el camino hacia un redescubrimiento historiográfico de este período. Cada uno lo hace desde su perspectiva, a partir de su formación y propone su interpretación, sea ésta resultado, entre otros temas, de la historia social de los militares, de las influencias militares (española, alemana, francesa), del proceso de construcción del Estado moderno, del papel tanto de la masonería como de la contrarrevolución.

Una de las particularidades del estudio de este período resulta ser la internacionalización tanto de sus fuentes como de los investigadores: no se puede estudiar la independencia de Chile sin recurrir a archivos argentinos, españoles, estadounidenses, británicos o franceses; no se puede tampoco no tomar en cuenta los trabajos extranacionales recientes, por ejemplo, los de Eric Saugera en Estados Unidos, Walter Bruyère-Ostells y Fernando Berguño en Francia, Emilio Ocampo en Argentina o Felipe Angulo en Colombia. Nos dan esta *visión exterior*, parafraseando a Simón Collier, tan indispensable a la comprensión de estos fenómenos.

Lo que queremos decir es que no estamos frente a un evento exclusivamente nacional en su origen ni en su desarrollo, tampoco en su resultado final. Sin la contextualización política, filosófica, social o militar internacional, no se logra entender el trasfondo y la real magnitud del cambio que se produce en Chile entre 1810 y 1830. Como Enrique Moradiellos en *El oficio del historiador*, pensamos que del mismo modo que los historiadores prusianos de la segunda mitad del siglo XIX, Berthold Niebuhr y Theodor Mommsen, los historiadores chilenos de la misma época, entre otros Benjamín Vicuña Mackenna y Diego Barros Arana, consideraban su obra como una contribución a la construcción de un estado nacional. Igualmente ocurrió en el mismo contexto con los historiadores franceses François Guizot, Adolphe Thiers o Alphonse Lamartine. No se trata, a través de esta última frase, de una crítica hacia sus trabajos, más bien, como lo decíamos en la primera parte de este texto, de entender, por lo menos, sus intentos de no poner en riesgo el proceso en curso, además, probablemente, de considerarse como actores de esta misma construcción. De hecho, afirmamos que el historiador, sin importar su origen geográfico, participa durante esta segunda parte del siglo XIX, es decir, en el momento de la confirmación de

los Estados modernos, en la creación de los símbolos a través de los cuales los pueblos se identificaron con la entidad nueva para, a partir de esta caracterización, transformarse en unas naciones: bandera, himnos, hitos militares de relevancia, etc... Es decir, en el caso de nuestro país —a pesar de nuestro origen foráneo, nos sentimos profundamente identificados con este país—, se llevó a cabo una chilenezación organizada y científica de los acontecimientos y de su relevancia. ¿Cómo, por ejemplo, y para graficar lo afirmado, podemos entender la casi total ausencia del tema indígena en este contexto? ¿Acaso, no existieron indígenas oponiéndose o apoyando este proceso cualesquiera sean sus razones?

Dejamos un momento el discurso para abordar algunos datos relativos a nuestra investigación, los cuales nos permiten desmitificar este movimiento: el 90% del ejército de liberación de Chile en 1817 no es de origen chileno, 11% de los miembros del Estado Mayor General de José de San Martín son oficiales napoleónicos, la plana mayor completa de la primera escuela militar está exclusivamente formada por el mismo grupo, el 90% de los oficiales de la armada son británicos, el diseñador de la bandera nacional, todavía vigente, es un oficial napoleónico de origen español, el primer profesor de navegación de la escuela náutica de 1823 es un marino francés, el primer jefe de la armada y capitán del puerto de Valparaíso es también un francés, la base teórica de la enseñanza de la escuela militar constituye la obra organizacional y estratégica de Napoleón Bonaparte... Podríamos seguir listando hechos e hitos, los cuales, por lo menos en el campo militar, revelan una yuxtaposición de influencias y movimientos que no tienen obligatoria relación con fenómenos locales o nacionales, para utilizar una terminología moderna.

Nuestra interrogación sobre el carácter real de la independencia chilena se fundamenta, además de lo ya expuesto, en varios otros elementos participativos de este proceso: por ejemplo, en un primer tiempo, el papel de la masonería o, más bien, de las masonerías: las oficiales sean inglesas, españolas, francesas o estadounidenses, o las irregulares como la logia lautarina. El desarrollo y la activa presencia de estas agrupaciones y de sus miembros (no todos chilenos) en los acontecimientos conducentes a la independencia nos llevan, a partir de su origen filosófico, ideológico y político, a matizar su carácter nacional. Por otra parte, las diferencias, tanto fundamentales como estratégicas o geográficas, entre estas logias nos aclaran sobre las oposiciones sistemáticas entre José de San Martín y los masones franceses en América Latina, llegando a la expulsión casi general de estos últimos, sirven también de tentativa de aclaración, además del quiebre político entre ellos, a la pugna fatal entre los "hermanos ingleses" Bernardo O'Higgins y José de San Martín y el "hermano español" José Miguel Carrera, y permiten entender los asesinatos de los Carrera y de Manuel Rodríguez.

En un segundo tiempo, la presencia en todo el continente sudamericano de oficiales napoleónicos, desde México hacia Chile, hasta 1821 (un porcentaje no menor de ellos se va después de esta fecha, la cual corresponde al fallecimiento de Napoleón Bonaparte en exilio), su actuar muy cercano a los líderes de la emancipación, no puede no relacionarse,

a nuestros ojos, con la posibilidad (utilizamos esta palabra en vez de probabilidad porque, hasta ahora, falta mucho como para confirmar esta hipótesis, no obstante, factible) de un plan de envergadura continental para hacer escapar a Napoleón Bonaparte de la isla de Santa Helena e instalarlo en esta zona. Personajes como Thomas Cochrane y Michel Brayer en Chile, Maurice Persat en Colombia, Francisco Xavier Mina y Josep Sarda en México, Paul Latapie y Pierre Raulet en Brasil, Ambroise Cramer y Frederic de Brandsen en Argentina, entre otros, además de muchos diplomáticos asustados (por ejemplo, el francés Jean Hyde de Neuville, el español Luis de Onís, el ruso conde Balmain y, por supuesto, muchos ingleses), hacen en muchas ocasiones referencia a esta posibilidad, en algunos casos para apoyarla, en otros, para evitarla. Entonces, aunque participen muy activa y eficazmente a los procesos de emancipación, es factible imaginar o situar este actuar en un contexto muy diferente, el cual, si bien tiene relevancia en el ámbito nacional, estaría motivado por razones ajenas a esta realidad tanto geográfica como política.

Vemos, entonces, la independencia de Chile como un acontecimiento poco original, que puede ocurrir de igual forma en un sin fin de países en la primera mitad del siglo XIX, sin, por supuesto, ignorar los matices propiamente locales. El mundo occidental sigue en ese entonces un camino idéntico, empezando desde Estados Unidos y Francia, y llegando a la creación de Alemania e Italia, integrando la casi totalidad de los países americanos sin olvidar intentos similares, aunque fracasados en España, Bélgica, Polonia, Grecia, Piamonte, Portugal, Egipto y Persia. Es decir, estamos frente a una evolución *civilizacional*, mucho más que local o nacional, y una de sus principales características es, justamente, la construcción de estructuras nacionales como método de organización del mundo nuevo. En este sentido, lo que está ocurriendo en Chile se inserta perfectamente en esta evolución y permite situar, indudablemente, al país dentro del mundo occidental.

390 Proponemos, para concluir este texto y darle un sentido historiográfico, para el futuro, siguiendo así la lógica propuesta, dar un nuevo carácter a la independencia de Chile, acercándola más al resultado de un proceso general que a un movimiento propiamente local. Nos permitimos generalizar esta afirmación al proceso global de la creación del Estado moderno en el mundo occidental, poniendo, así, en duda términos como soberanía o nacionalismo, resultados de una interpretación o de un modelo de construcción y, en ningún caso, causas u orígenes de tales procesos.

Nos atrevemos a proponer, también, la búsqueda de una nueva caracterización espacial de la historia, la cual, siguiendo de nuevo nuestra lógica, no encaja en los conceptos, tradicionales y correlativos a la concepción de este modelo, de historia local, historia nacional, historia universal. Queda por inventar un método de estudio historiográfico, no para borrar lo nacional, lo regional o lo local, pero para entender estos conceptos como resultados de fenómenos transversales y, en muchos casos, universales. No queremos significar con estas palabras que la uniformización o la "globalización"...

el origen real de nuestra organización humana, permitiría una convivencia tanto científica como intelectual más armoniosa.

A doscientos años de tales acontecimientos, creemos que ya llegó el momento para dar un nuevo carácter a la independencia de Chile y, así, permitir, por fin, separar el mito y el símbolo de la realidad.